

Un día para no olvidar

Sandra Ivonne Urrutia Moreno

Estudiante de pregrado

surrutiam@miucsh.cl

Cursaba el cuarto año de educación básica, yo tenía nueve años. Mi madre me había dejado en las puertas de mi escuela, eran las diez de la mañana de aquel día 11 de septiembre. El sol se asomaba por las ventanas de mi sala de clases; era una cálida mañana de primavera, el aroma estacional se impregnaba en mis narices. Mi escuela quedaba a sólo metros de mi casa. Mi profesora jefe, doña Elena Barra, sale de la sala por orden de la directora del colegio, luego entró a la sala y con preocupación nos informa que al colegio habían llegado unas visitas que necesitaban ocupar el colegio. “Niñas [nos dijo] no se asusten nada les pasará, los militares están en el colegio y necesitamos irnos a nuestros hogares. Las alumnas que viven cerca deben salir de la sala y formar en fila de a una con sus cosas, las que viven lejos y deben tomar locomoción deben esperar a que algún familiar las venga a buscar. Nos comunicaremos con sus apoderados para que las retiren, las que pueden irse solas salgan de la sala”.

Sus palabras me inquietaron. Con nerviosismo tomé mi bolsón de cuero que me había hecho mi Tata, salgo de la sala y vi a unos militares en la entrada del colegio. Nerviosa y asombrada con mis compañeras, en compañía de nuestra profesora, caminamos hacia la puerta de salida. Los militares tenían sus fusiles en sus manos. Me dio mucho miedo y más aún cuando don Josecito, el portero del colegio, nos abre la puerta y me encuentro con un tanque atravesado de lado a lado de la calle con su cañón apuntando hacia la escalera por donde bajábamos a la calle. Mantuve la calma y muy inquieta caminé hacia la esquina del colegio (unos treinta metros). Crucé la calle con cuidado y cuando estuve del otro lado corrí hacia mi casa lo más rápido que puede. Sentía que mis piernas no respondían. Esos cincuenta metros que corrí me parecieron eternos. Golpeé la puerta de mi casa lo más fuerte que pude, mi madre abre la puerta mientras mi papá veía las noticias y escuchaba el último discurso del Presidente Allende. Mi madre me dice: “¿cuál es el apuro, niñita?”, y yo le digo: “mamá, los militares están en el colegio, mira”. En ese momento, mi padre se levanta del sillón y sale a la calle para ver lo que pasaba. Su mirada se tornó sombría; entró al baño, se dio una ducha y se preparó para ir a su trabajo.

Mi padre era funcionario público, trabajaba en las plazas de peaje como cobrador en las casetas. Nunca olvidaré esas palabras que le dijo a mi madre cuando ella le dijo que cómo iba a trabajar con lo que estaba pasando y él respondió: “Debo ir, el Presidente nos llama a que estemos en nuestros lugares de trabajo, no

puedo faltar” y se fue lo más rápido que pudo, ya que debía llegar hasta la Plaza Almagro donde estaría la camioneta del MOP esperándolo para llevarlo al peaje. Ese día no transcurrió con normalidad. No recuerdo la hora, lo que si recuerdo es que mi hermano y yo acompañamos a mi madre a comprar para el almuerzo. Todos los vecinos estaban en las puertas de sus casas comentando la llegada de los militares a mi colegio y lo que estaba pasando. Con miedo e incertidumbre en ese momento, que estábamos en el almacén, surcaron los cielos aviones de la Fuerza Aérea y corrimos lo más rápido a nuestra casa; lo mismo hicieron todos los vecinos. Mi madre tenía puesta la radio chilena, cuando se decretó el toque de queda para las cinco de la tarde. Mi hermano y yo jugábamos en el patio de la casa, mientras La Moneda estaba siendo bombardeada; desde mi casa se veía la columna de humo. La preocupación de mi madre y de mi abuela paterna era evidente, mi padre no llegaba. Al rato pedí permiso para ir a la casa de una amiga que vivía a menos de una cuadra de mí. Mi madre me dice “vaya, pero regresa antes de las cinco, es peligroso que estés en la calle”. Antes de las cinco llegué a mi casa preguntando por mi padre; él aún no llegaba. Pasadas las seis de la tarde, llegó agitado, contando que no alcanzó a llegar al Parque Almagro, que no pudo cruzar la Alameda; un tanque estuvo a punto de alcanzarlo y corrió por entre las calles del centro, esquivando balas. Nuestra casa quedaba en el barrio de Independencia; a pie desde el centro de Santiago es como una hora de camino.

Esa noche mis padres casi no durmieron escuchando noticias en la radio. La televisión pasaba dibujos animados y películas entretenidas, yo estaba feliz de ver la televisión hasta que me dormí. Pasamos varios días encerrados por el toque de queda; sólo nos daban unas horas al día para salir a comprar lo que necesitábamos. Una semana después del golpe de Estado llamaron a mi padre del Ministerio de Obras Públicas para realizar sólo trabajo administrativo. El 13 de octubre de 1973 le dan aviso de que no trabajará más en el ministerio. Ese día llego a casa triste pues le gustaba mucho su trabajo; tenía un buen sueldo y muchos beneficios, lo que nos permitía tener un buen vivir.

El 11 de septiembre de 1973 marcó un antes y un después en nuestras vidas. Mi padre estuvo un año sin encontrar un nuevo trabajo, nuestros ahorros se consumieron y mi madre tuvo que salir a trabajar para ayudar a los gastos del hogar. Nunca le dijeron a mi padre los motivos de su desvinculación en el ministerio, pero él sabía que era por razones políticas; era militante del MAPU y tenía muy claras sus ideas políticas. El 21 de junio de 1976 a mi padre lo mataron.